

Un mensaje bíblico

# PARA TODOS

---

## Un espíritu quebrantado

“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado”.

Salmo 51:17

¡Quebrantado! ¡Qué palabra tan desagradable; qué significado tan negativo! ¿Qué hacemos con un objeto que está roto? Lo tiramos, o si se arregla, siempre quedará una huella. Y sin embargo, antes de todo sacrificio, esfuerzo o buena obra, Dios quiere del hombre un espíritu, una voluntad quebrantada para poder sustituirlos con la Suya. ¿Por qué? Porque la voluntad del hombre es la única cosa en su creación de la cual no puede valerse, pues ha sido corrompida sin remedio por el pecado.

En Jeremías, capítulo 18, vemos que Dios invitó al profeta a ir a casa del alfarero, para ver cómo el artesano moldeaba las vasijas. Estaba haciendo una vasija, la cual se echó a perder, entonces el alfarero volvió a formar otra “según le pareció mejor hacerla” (v. 4). Aunque esta alegoría se aplica a Israel, podemos ver también en ella una alusión a la creación del hombre, a la corrupción de esta creación por el pecado y finalmente la introducción de un segundo hombre, procedente de una nueva creación: **Cristo** y todos los que están en Él (2 Corintios 5:17). Esta nueva creación está de acuerdo con la voluntad de su Creador, “según le pareció mejor hacerla”. Dios Padre pudo declarar de Cristo: “En ti tengo complacencia” (Marcos 1:11).

La perfección de la obediencia del Señor nunca brilló tanto como en Getsemaní (Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46). Por vez primera en la vida de Aquel que dijo: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38), *parece* haber una divergencia entre la mente del Padre y la suya. De ser posible, la voluntad personal del Señor era de no tener nada que ver con el pecado, y de que la comunión que le vinculaba con el Padre no se interrumpiera. Pero la voluntad distinta de Dios –de la cual conocemos los motivos benditos a favor de nosotros, los pecadores– fue presentada entonces al Salvador como una copa amarga que acató en la angustia del combate. La aceptó de la misma mano del Padre, sin dudar que procediese de Él, sin desconfiar de su amor, su sabiduría y su fidelidad. Nosotros, en cambio, cuando nos sometemos, ¡cuántas veces lo hacemos con residuos de amargura!

Para nosotros nunca habrá un combate tal como el de Getsemaní. Pero en nuestra pequeña medida y teniendo en cuenta el pecado que anida en nosotros, cuántas lecciones aprendemos de este monte de los Olivos. Queridos amigos, ejercitémonos para descubrir en nosotros todas las manifestaciones de nuestra mala voluntad. Pero, ¿cómo hacerlo prácticamente? Busquemos primeramente con rectitud y oración, cuáles son los deseos más secretos de nuestro corazón; luego preguntémonos: ¿Estoy dispuesto a renunciar a este objeto o a tal proyecto? ¿Me hallo dispuesto a abandonar mis derechos, mi opinión?

Demos entonces al Señor la misma respuesta que Él dio al Padre: “No lo que yo quiero, sino lo que tú” (Marcos 14:36). Quizá nos dejará luego aquello a lo que habíamos renunciado por Él. Pero dispondremos de ello de otra manera: para su servicio y con un espíritu quebrantado.

Si por el contrario no cedemos, estaremos tristes en nuestras conciencias y obligaremos a Dios a que intervenga de una manera dolorosa y humillante para nosotros. Cuando un creyente se halla detenido por una enfermedad, un fracaso, o cualquier otra cosa, Dios no quiere quebrantar su cuerpo, ni su corazón, sino su voluntad, rebelde como la cerviz erguida de los israelitas en el desierto. Pruebas, puertas cerradas, personas colocadas a nuestro lado para probar nuestra paciencia, desengaños diversos en nuestra vida de creyentes; todas estas cosas en general no tienen otro fin que el de sujetar nuestra voluntad propia. No son obstáculos o problemas, como los consideramos a menudo, sino que el obstáculo está en nosotros, es nuestra voluntad. La Palabra nos la presenta bajo diferentes nombres: la carne, el viejo hombre, el yo; y el trabajo que corresponde a su quebrantamiento, se llama según sea el caso: liberación, juicio de la carne, mortificación de nuestros miembros, renuncia o muerte a sí mismo, pues un muerto ya no tiene voluntad propia.

A veces, esta voluntad propia del hombre se confunde con la energía o fuerza de voluntad, englobándolos en una misma condena. En este caso, el cristiano sería un ser pasivo, amorfo. No hay nada de esto; la energía, lo mismo que las demás facultades del hombre: memoria, ingenio, salud, no son más que instrumentos en las manos del que los utiliza. Si se ponen al servicio del Señor, llegan a ser de gran valor. Es por ejemplo la valentía que encontramos en todo el libro de los Hechos, la incansable perseverancia del apóstol Pablo o la virtud mencionada en la segunda epístola de Pedro (cap. 1:5).

Amigos creyentes, aprendamos a ser sufridos y esforzados en una época en que la fuerza de voluntad es una virtud cada vez más escasa. Las comodidades de la vida

moderna debilitan la energía. No estamos acostumbrados a hacer lo que nos cuesta o desagrada. Y si no lo aprendemos, llegaremos a ser, tarde o temprano, cristianos de tertulia, soldados de parada y no aquellos buenos soldados de Jesucristo, dispuestos a realizar todas las misiones que su Jefe les encomiende.

Siendo vasos de barro (2 Corintios 7:4), hemos de ser quebrantados para que el tesoro, la vida de Cristo en nosotros, sea manifestado exteriormente para que todos lo vean. Entonces, ¿de qué forma se revelará? Pues bien, según los dos caracteres esenciales de Dios: Luz y Amor. **Luz:** los cántaros de los trescientos hombres valientes de Gedeón, que fueron rotos para que la llama de las antorchas fuera visible (Jueces 7). **Amor:** el inolvidable gesto de María al derramar el perfume a los pies del Señor, perfume puro y sin mezcla de un vaso de alabastro quebrantado (Marcos 14:39).

*J. K.*

---

**PARA TODOS**

**EB**

Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas  
PARA TODOS  
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es "inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16).

---

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).